



EL ROSTRO DE LA MISERICORDIA

Desde el pasado lunes, día 18, estamos celebrando el Octavario de Oración por la Unidad de los Cristianos. Con tal motivo y en el marco de la Audiencia General del último miércoles, día 20, el Papa Francisco hizo la reflexión que a continuación transcribimos:

El texto de la primera carta de san Pedro que hemos escuchado, centra la reflexión de la Semana de Oración para la Unidad de los Cristianos. El Apóstol (San Pedro) se dirige a la primera generación de fieles para que tomen conciencia del don que han recibido por el bautismo. Del mismo modo, todos nosotros, durante esta Semana de Oración, estamos llamados a redescubrir nuestro bautismo, y a hacerlo juntos todos los cristianos, católicos, protestantes y ortodoxos, dejando atrás lo que divide.

Compartir el Bautismo significa que todos somos pecadores y que necesitamos la salvación que Dios nos ofrece, todos experimentamos la misma llamada a salir de las tinieblas e ir al encuentro de Dios lleno de misericordia. Precisamente en el bautismo, nos sumergimos en la fuente de la misericordia y de la esperanza, de la que nadie está excluido, esta experiencia de gracia crea un vínculo indisoluble entre los bautizados, de modo que nos consideremos realmente hermanos y miembros de un solo pueblo de Dios, capaz de anunciar las maravillas que él ha obrado a partir del testimonio sencillo y fraterno de la unidad, así como del compromiso mutuo de poner en práctica las obras de misericordia corporales y espirituales, realizando nuestra común misión de transmitir a los otros la misericordia que hemos recibido, empezando por los pobres y abandonados.

Hemos de abandonar, si esa fuese nuestra actitud, una visión que denotase preeminencia sobre los cristianos no católicos: todos hemos sido llamados a alcanzar la plenitud de la vida en Cristo, todos compartimos idéntica misión, todos hemos de vivir la fraternidad derivada del bautismo recibido, todos integramos el mismo Pueblo de Dios y todos hemos de procurar ser fieles a los requerimientos que el Señor nos pida apelando siempre que sea necesario –¡lo necesitamos tanto!- al amor misericordioso de Dios.



FIABLES... CLARO QUE SÍ!

Ante la información que nos ofrecen los evangelios es normal que uno se pregunte si en realidad podemos aprobar cuanto ellos nos transmiten. Sabemos que caben muchas lecturas de la historia, que los intereses del lector pueden condicionar incluso su interpretación, que no se da una información aséptica, estricta y exclusivamente objetiva... Pero, a la vez, nos damos cuenta de que no son criterios científicos los que emplean los autores del texto sagrado, ni les mueve adquirir un mayor nivel de notoriedad, ni conseguir otros beneficios que no sea el de cumplir el deber de hacer a otros partícipes de la Buena Nueva. San Pablo llegaría a decirlo expresamente: *evangelizar no es gloria para mí, sino necesidad. ¡Ay de mí si no evangelizare!* (1Cor 9,16). Pretenden, cómo no, transmitir una versión de los hechos a partir de la propia experiencia y de aquellos que se saben testigos oculares de lo acaecido. El mismo Lucas indica al comienzo de su evangelio que siguiendo el ejemplo de otros, también él se ha esforzado por conseguir una información veraz y ordenada, a partir de una investigación diligente y con la finalidad mostrar la solidez y no dejar espacio a la duda sobre todo lo que allí escribe. Se trata, por tanto, de una información que nace de la experiencia vivida, que ha sido compartida, contrastada, que ha nutrido la vida de las primeras comunidades cristianas y que, incluso después de dos milenios, continúa y continuará, a lo largo de los siglos, desempeñando ese mismo cometido. En suma, nos encontramos ante enseñanzas y relatos que por medio de un lenguaje humano correctamente interpretado nos merecen credibilidad.

Por otra parte, los cristianos, con toda la Iglesia, reconocemos que los evangelios como toda la Sagrada Escritura es fruto de la acción del Espíritu Santo que movió a hombres concretos, en un tiempo y lugar determinados, para que pusiesen por escrito *todo y solo* aquello que debían poner. De ese modo podemos decir que tanto Dios como los hagiógrafos –escritores sagrados- son verdaderos autores de todo lo que la Biblia contiene. Y allí caben inexactitudes, afirmaciones poco precisas o incluso errores –no son libros de ciencia- pero en ella encontramos la verdad que necesitamos conocer en orden a la salvación siempre que nuestra lectura esté en sintonía con la que realiza la comunidad eclesial porque a ella le ha sido entregada. Una razón más para decir que esa *doctrina es fiable*. Claro que sí.

DIOS HABLA

Lectura del libro de Nehemías (8, 2-4a. 5-6. 8-10)

En aquellos días, el día primero del mes séptimo, el sacerdote Esdras trajo el libro de la ley ante la comunidad: hombres, mujeres y cuantos tenían uso de razón. Leyó el libro en la plaza que está delante de la Puerta del Agua, desde la mañana hasta el mediodía, ante los hombres, las mujeres y los que tenían uso de razón. Todo el pueblo escuchaba con atención la lectura del libro de la ley. El escriba Esdras se puso en pie sobre una tribuna de madera levantada para la ocasión.

Esdras abrió el libro en presencia de todo el pueblo, de modo que toda la multitud podía verlo; al abrirlo, el pueblo entero se puso de pie. Esdras bendijo al Señor, el Dios grande, y todo el pueblo respondió con las manos levantadas: *Amén, amén*. Luego se inclinaron y adoraron al Señor, rostro en tierra. Los levitas leyeron el libro de la ley de Dios con claridad y explicando su sentido, de modo que entendieran la lectura.

Entonces el gobernador Nehemías, el sacerdote y escriba Esdras, y los levitas que instruían al pueblo dijeron a toda la asamblea: *Este día está consagrado al Señor, vuestro Dios. No estéis tristes ni lloréis. (Y es que todo el pueblo lloraba al escuchar las palabras de la ley). Nehemías les dijo: Id, comed buenos manjares y bebed buen vino, e invitad a los que no tienen nada preparado, pues este día está consagrado al Señor. ¡No os pongáis tristes; el gozo del Señor es vuestra fuerza.*

Palabra de Dios.

Salmo: **Tus palabras, Señor, son espíritu y vida.**

Lectura de la 1ª carta del apóstol san Pablo a los Corintios (12, 12-30)

Hermanos: Lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. Pues todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu. Pues el cuerpo no lo forma un solo miembro, sino muchos.

Si dijera el pie: *Puesto que no soy mano, no formo parte del cuerpo*, ¿dejaría por eso de ser parte del cuerpo? Si el oído dijera: *Puesto que no soy ojo, no formo parte del cuerpo*, ¿dejaría por eso de ser parte del cuerpo? Si el cuerpo entero fuera ojo, ¿dónde estaría el oído? si fuera todo oído, ¿dónde estaría el olfato? Pues bien, Dios distribuyó cada uno de los miembros en el cuerpo como quiso. Si todos fueran un mismo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Sin embargo, aunque es cierto que los miembros son muchos, el cuerpo es uno solo.

El ojo no puede decir a la mano: *No te necesito*; y la cabeza no puede decir a los pies: *No os necesito*. Sino todo lo contrario, los miembros que parecen más débiles son necesarios. Y los miembros del cuerpo que nos parecen despreciables los rodeamos de mayor respeto; y los menos decorosos los tratamos con más decoro; mientras que los más decorosos no lo necesitan.

Pues bien, Dios organizó el cuerpo dando mayor honor a lo que carece e él, para que así no hay división en el cuerpo.

Así, no hay divisiones en el cuerpo, porque todos los miembros por igual se preocupan unos de otros. Y si un miembro sufre, todos sufren con él; si un miembro es honrado, todos se alegran con él. Pues bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno es un miembro. Pues en la iglesia Dios puso en primer lugar a los apóstoles; en segundo lugar a los profetas, en el tercero los maestros, después, los milagros; después el carisma de curaciones, la beneficencia, el gobierno, la diversidad de lenguas. ¿Acaso son todos apóstoles? ¿O todos son profetas? ¿O todos maestros? ¿O hacen todos milagros? ¿Tienen todos don para curar? ¿Hablan todos en lenguas o todos las interpretan?

Palabra de Dios.

Lectura del santo evangelio según san Lucas (1, 1-4; 4, 14-21)

Ilustre Teófilo:

Puesto que muchos han emprendido la tarea de componer un relato de los hechos que se han cumplido entre nosotros, como nos los transmitieron los que fueron desde el principio testigos oculares y servidores de la palabra, también yo después he resuelto escribírtelos por su orden, después de investigarlo todo diligentemente desde el principio, para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido.

En aquel tiempo, Jesús volvió a Galilea con la fuerza del Espíritu; y su fama se extendió por toda la comarca. Enseñaba en las sinagogas, y todos lo alababan. Fue a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga, como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para hacer la lectura. Le entregaron el rollo del profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde estaba escrito: *El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha unguido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; para proclamar el año de gracia del Señor.* Y, enrollando el rollo y devolviéndolo al que le ayudaba, se sentó.

Toda la sinagoga tenía los ojos clavados en él. Y él comenzó a decirles: *Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír.*

Palabra del Señor.